

netes pequeñísimos, de cuartos de dormir. Dos escritorios, dos bibliotecas, dos instalaciones dividen este salón común en dos distintos dominios. Los inevitables *rocking-chairs* se hallan en todas partes, y en todas partes también se vé, en el reborde interior de las ventanas de guillotina, un colchoncito con cojines, en el que se acuestan para leer, para fumar, para contemplar el panorama. Están suspendidas en las paredes medallas de clubs y fotografías que manifiestan los gustos predilectos del dueño de la habitación; ya son Compañías de *foot ball*, equipajes de yacht, escenas de teatro, vistas de Europa, de Egipto ó de la Tierra Santa. Casi todos ellos han ido *abroad* y los demás van á ir pronto.

En las habitaciones que se pagan más caras, como las de *Clavery hall*, y que cuestan seis, siete y ochocientos dollars, el estudiante vive solo y comunmente sus dos pequeños cuadros causan una impresión como la que producirían si estuviesen habitados por un hombre de círculo: en ella hay más libros que otra cosa, un escritorio débil y cuya mesa puede bajarse doblándose y que es bastante sólida para borropear una carta, pero bastante frágil para poner en ella diccionarios y para trabajar; y en todos los lugares se ven recuerdos de bailes, de carreras y de caerías. En esa desigualdad de gastos, tan repugnante para nosotros, es donde verdaderamente reside el espíritu democrático de los americanos. Lo que en ellos es siempre igual, es el respeto por el individuo. Le dan libertad absoluta para gastar ó para no gastar su dinero, para poseer ó no poseer. Un reglamento, por prudente que se le suponga, haría mella en ese vigor de iniciativa, que es para ellos la más grande cualidad humana. Y si se reflexiona se reconoce que tienen razón. Nuestro sistema que hace

que vivan en el liceo niños ricos y niños pobres en las mismas condiciones materiales tiene como resultado y el más seguro, desarrollar los peores furoros de la envidia cuando cesa de repente esta identidad de existencia, con la entrada en el mundo. Esta funesta presión tiene menos probabilidades de nacimiento, cuando esa identidad no ha existido nunca.

Uno de los caracteres de Harvard, que es de los más notables y que da la medida exacta de ese espíritu de iniciativa es la cantidad de clubs ó de sociedades que por sí mismos sostienen los estudiantes, fuera de toda ingerencia administrativa. Hay cuarenta y nueve, y cada uno fundado con un fin preciso y positivo. Recorrer sus listas y sus programas es revistar las preocupaciones del estudiante americano, sus trabajos y sus placeres.

Algunos de estos clubs, como el *Porcellian*, son imagen fiel de un círculo cerrado de New-York ó de Boston... El club toma su nombre y su emblema —una cabeza de javalí—de una célebre comida que ofreció uno de sus miembros en 1791, donde figuró un asado hecho de un cochino entero. En la fidelidad guardada por estos jóvenes para conservar este cómico sobrenombre, en el orgullo con que enseñan en los estantes de su biblioteca revistas del siglo pasado, se observa aun la necesidad constante de sofocar el presente con el pasado. Uno de ellos, que estuvo por algún tiempo en Oxford, empleaba un término muy singular y muy expresivo para traducir lo que una civilización muy nueva tiene de delicado, de superficial, de flaco:

—“Aquí sentimos mucho, me decía, la falta de densidad.”

Otros clubs, como el *Hasty Pudding*, el “Pudín violento,” tienen por principal objeto dar representa-

ciones dramáticas. El nombre de éste, que recuerda también una fantasía culinaria, corresponde á la fisonomía de buen humor impresa por todas partes en la casita donde está establecido. En su mayoría, las piezas que se representan en el teatro de abajo son bufonadas satíricas compuestas por los mismos estudiantes. La verbosidad de esos alegres jóvenes se ve esparcida sobre las paredes, en programas grotescos, dibujados con cierta potencia de jovialidad. Según me dicen, el club cuesta caro á sus miembros, cincuenta *dollars* de cuota anual, más de doscientos cincuenta francos. En los momentos en que lo visito, está sentado al piano un joven de anchas espaldas, de aspecto de boxeador y de ojos vivos cubiertos con fuertes anteojos. Canta, acompañándose, una canción de Yo Kohama. Ha viajado por las islas del Pacífico el año anterior y sus camaradas harán sin duda alguna, lo mismo dentro de cinco ó diez. Debido á ello una porción de alma americana se impregna así en el extremo Oriente, pues que el Japón está muy cerca, á trece días de Vancouver y á quince de San Francisco. En este club de estudiantes encuentro la huella de esta influencia exótica. Días pasados la volví á encontrar en Washington donde comí á lado de una joven que estaba únicamente preocupada con el boudhismo; también en Boston, donde un distinguido médico que ha recibido la iniciación completa me decía, dibujando sobre la mesa dos círculos concéntricos:

—“El cristianismo es al boudhismo, lo que este pequeño círculo es al grande.”

Y su conversación estaba llena de fórmulas de la sabiduría hindou que, en esos labios amargos y decididos en Yankee, parecían más conmovedoras de lo que son en sí.

—“Muchos caminos hay que conducen á la montaña” concluía hablándome de diversas religiones “y sin embargo el paisaje que está en derredor de ella siempre se conserva igual”—“Todos vivimos en la superficie de nuestro sér,” me decía también.—

Los jóvenes de *Hasty Pudding* no están aun en el caso de sumergirse, de ahogarse en esas fórmulas, bajo las cuales se ahonda el abismo de la gran, de la mortal visión metafísica; pero no me sorprendería saber que un día cualquiera había en Harvard un *Buddhist club*, como ya hay, á lado de esos círculos de placer y de teatro, un círculo cristiano el *Saint Paul's*, como hay un círculo filosófico el *Harvard philosophical club*, cuyo objeto, según dice el reglamento, es “tener miembros que reunan á profundos conocimientos en filosofía, una individualidad general y pronunciada. *A genial and pronounced individuality is as great a requirement for membership as to be deeply versed in philosophy.*”

Después viene toda la serie de las sociedades literarias y voluntarias secretas que se decoran con letras griegas debido á un necio y humorístico pedantismo: el *Delta Theta club*, el *Delta Upsilon*, el *Phi Beta Kappa*, el *Phi Eta*, el *Seta Delta*, el *Zeta Psi*. Luego toda la serie de las sociedades de *sport*: el *Boat club*, el *Cycling Association*, el *Cricket club*, el *Toot Ball Club*; un círculo de fotografía la *Camera*; círculos políticos. el *Democratic* y el *Republican*; círculos de música: el *Banjo club*, el *Guitar And Mandolin*, el *Pierian*. En seguida la serie de las sociedades organizadas para la publicación y para la explotación de periódicos serios ó fantásticos: el *Samoon*, el *Crimson*, el *Advocate*, el *Monthly*. Dejarían de ser americanos los jóvenes escritores que editan estos periódicos si esas empresas no fueran para ellos verdaderos negocios.

En el año pasado, para no citar sino un ejemplo, el *Crimson* produjo quinientos *dollars* al redactor en jefe y cien *dollars* á cada uno de los otros redactores. Tengo á la vista algunas hojas de esas. Son en realidad verdaderos periódicos, llenos de noticias que interesan á la Universidad. Leí en él una crítica excelente sobre una pieza representada por los miembros del *Círculo francés*, la que se intitula el *Matrimonio forzado* y un artículo de polémica sobre un decreto de los *oversers*. En él abundan los anuncios y llenan dos ó tres páginas. En el *Advocate* encontré un ensayo espiritual sobre *feminología*, que concluye con una cita de Maupassant: "... esta villanía encantadora esta embustera refinada, esta maliciosa perfidia, todas esas perversas cualidades que impulsan al suicidio á los amantes imbecilmente crédulos y que arrebatan á los otros."

Esa cita y una composición intitulada *Flor del mal*, con este último verso:

*Y hear the mocking laugh of Baudelaire*, [1] que testifica la libertad de espíritu de esos jóvenes y la intrepidez de sus lecturas. Esta admiración por los escritores franceses de la extrema izquierda es uno de los caracteres que más distinguen á la América de la Inglaterra. Mas, es suficiente platicar con aquellos y aquellas que la profesan para comprender que es de orden enteramente intelectual y voluntario. No alcanza á los manantiales profundos de la vida íntima que sigue siendo cándida y algo primitiva. La complejidad enfermiza de nuestros grandes artistas es para el Americano y la Americana, una curiosidad, casi un juguete moral y raro para la mirada y para el tacto, algo así como una copa de forma sin-

(1) Y oigo la sarcástica risa de Bodelaire.

gular en la que jamás se beberá. Aquí, sobre todo, en este ambiente de salud, la diferencia de medios coloca á estos jóvenes frente á nuestros autores contemporáneos en la misma situación de espíritu en que se hallan ante los autores Alejandrinos ó los cuentistas Arabes. Su realidad, la que los preserva del envenenamiento del corazón con los sentidos y del de la voluntad con los ensueños, es el trabajo y el *sport*, es el compañerismo y el atletismo, la seducción tan completa por la gimnasia, con su pista y con sus millares de millares de máquinas entre las que hay, hasta instrumentos para ejercitar los músculos de los dedos. Y también la espera precoz de la organización es la que hace que administren por sí mismos establecimientos tales como ese *Memorial hall*, en donde comen diariamente mil cien de ellos, y en donde se gastan más de cincuenta mil *dollars* anualmente. Manejan esos fondos con la estricta probidad y con la prudencia que emplearán más tarde en la dirección de su propia fortuna.

Demostremos de nuevo que así en la Universidad como en la escuela, los americanos han querido y han obtenido la perfecta concordancia de la educación y la vida. Aquí también se han dejado llevar por el hecho. Su buen sentido les ha preservado de la imitación tan tentadora de las cosas de Europa. No han fabricado ni una falsa Universidad inglesa, como era de temer, ni una sola imitación de Universidad alemana. Y al ver las casas de sus estudiantes, tan enérgicas, tan viriles y con tal expresión de candor decidido, se siente que han logrado producir la semilla humana que necesita su democracia.

También se siente que no han desvirtuado ese no sé qué de rudeza y de asperidad que debe poseer en sí mismo el hijo de una nación tan reciente y tan

caótica aún. Y á pesar de todo Harvard es, entre las Universidades de América, la más tradicional, la que se aproxima más á las de Europa. Cuánto no daría yo por comprobar mis observaciones con las otras Universidades, sobre todo con las del Oeste, cuya aclamación oficial traduce la alegría de vivir de modo tan extraño y salvaje! He aquí por ejemplo el *cheer* de la Universidad del Illinois: "*Rah-hoo-rah, zip boom hal Hip zoo, rah zoo, Jimmy, blow your basoo, Ip-sidi-iki; U. of Y. Champaign!!!*" Y el de la Universidad de Indiana: "*Gloriana, Frangipana, Indiana! Kazoo Kazah! Kazoo, Kazah! Hoop Lah! State University. Rah, Rah, Rah!...*" Y el de Denver: "*U. U. U. of D. Deaver; Ver-si-tee! Kai Gor Wahoo Zip boom!—D. U!.....*" La Universidad del North Dakota hace seguir su llamamiento. "*Ods-dzo-dzi! Ri-Ri-Ri! Hy-ah! Hy-ah!....*" del grito de guerra de los Sioux. Dudo mucho que sea más feroz y más salvaje que aquellos onomatopelias tras las que se imagina uno ver robustos pulmones ampliamente abiertos, dentro de anchas espaldas y de constituciones que aguantarían años enteros un trabajo durísimo á pesar de una dura concurrencia. Esta es la primera condición en un país que carece de clase media, donde el rentista no existe y donde el estudiante rico de hoy será mañana, por un salto de fortuna, el ingeniero pobre, el periodista á destajo, el comerciante sin crédito, el médico sin clientela, en fin el hombre obligado á luchar por la vida, como si nunca hubiese sido ni *freshman*, ni *sophomore*, ni *junior*, ni *senior*. Pero, no nos inquietemos por él. Se encuentra siempre dispuesto para todo.

Y también ellas se hallan prestas á todo, ellas las *freshman*, las *sophomores*, las *seniors* y las *junior*, del colegio de las mujeres que levanta á orillas del pequeño lago Waban, en Wellesley, cerca de Boston, su gran edificio rojo en forma de cruz latina, sus pabellones de ladrillo y sus casas de campo de madera. Un colegio?.... Está palabra tan triste y tan bronca cuando está escrita en francés, cuán poca idea nos dá de la frescura y de la poesía de ese oasis! Una Universidad de señoritas es aquí algo como la realización americana de la fantasía de Tennyson, la *Pin-casa*, de quien Taine escribió:

"No hay juguete más romántico ni más tierno. Se sonríe al oír las palabrotas sabias que se escapan de esos rosados labios.... Se escuchan tiradas de historia y promesas de renovación social, brotando entre vestidos de seda lila y cinturones de oro...."

Si no fuera porque los trajes de las graciosas *Wellesleyennes* son de estilo moderno, esas líneas del gran filósofo podrían ser puestas, como epigrafe, á la cabeza del programa de estudios de esa singular institución. Y digo singular, colocándome á mi pesar bajo el punto de vista Galo-romano que no admite más procedimientos de educación para las mujeres que el convento ó la casa paterna. El liceo de niñas entre nosotros no es otra cosa que un convento láico al que falta solo lo que corrige la secuestración y su disciplina uniformemente comprendida: la confesión y la comunión. Bien puede llevar el nombre de liceo como los internados de niños, no por ello deja de ser profunda é irreductiblemente distinto. En ninguna parte se reconoce mejor la desigualdad radical entre los dos sexos que forma el fondo mismo de nuestra sociedad, que en la diferencia entre los programas y en los resultados de una y otra enseñanza. Ya he

procurado en esta misma obra decir por qué razones infinitamente complejas los americanos profesan al contrario el dogma verdaderamente democrático de la igualdad absoluta entre el sexo femenino y el masculino. Fieles á su gran principio de aceptar todas las consecuencias prácticas de las verdades en que creen era inevitable que llegasen á la identidad entre ambas educaciones. Ya las escuelas mixtas realizan esa reforma para la enseñanza primaria y secundaria. *Wellesley* es una de las tentativas más completas para realizarla en la enseñanza superior.

Esta tentativa se debe—como todas las que encuentra el viajero en este país en el que el Estado no es nada,—á la buena voluntad privada. Es preciso no cansarse de repetir esta observación, aun á riesgo de ser monótono. Con respecto á Estados Unidos todo se esclarece una vez que se les comprende como un inmenso acto de fé en la beneficencia social de la energía individual entregada á sí misma. Allí reside, si así puede decirse, el fondo místico de su realismo, la enseñanza que presentan al mundo y sobre todo, á nosotros los franceses, á quienes la más retrógrada de las revoluciones nos ha hecho, desde hace cien años, esclavos del Estado centralizado. Es fuerza no cansarse á sí mismo, de referir los dramas morales que originan casi siempre estas fundaciones generosas. Hé aquí, pues, aquel á quien debe el colegio de *Wellesley* su nacimiento.

En 1863 vivía en Boston, un hombre de leyes, de los más distinguidos en su profesión, M. Henry Towle Durant. Su retrato dá idea de que fué una fisonomía llena de finura iluminada por una mirada á la par que tierna muy brillante. Ese pliegue amargo que se nota en muchas caras americanas se ve en los

lados de su nariz. La barba es ancha y avanzada, la cara absolutamente austera, con esa expresión de intensidad fija que se encuentra en todos los hombres que están obligados á conservarse á sí mismos y á imponerse: en los médicos, en los eclesiásticos y en los actores. Los que conocieron á M. Durant, lo retratan tan delgado de cuerpo, tan débil, tan delicado en sus movimientos, que les recordaba inevitablemente la frase del apóstol:

—“Resucitará como un cuerpo espiritual. . . . .”

Según estos detalles y á través de las tenuidades de la fotografía, se adivina uno de esos organismos muy sensitivos, que terminan por ser alcauzados profundamente por la vida y que no pueden soportar sino interponiendo entre ellos y la realidad una fé abstracta, en la que se envuelven y les protege. En el año de 1863 perdió á su hijo único, este hombre de corazón vulnerable. Fué tan fuerte esta prueba, que instintivamente ensayó huir de ella abrigándose en las ideas religiosas. Se convirtió, según dice el biógrafo á quien tomo estos detalles, en el más apasionado de los cristianos evangelistas. Aquí, y en esta crisis de misticismo, es donde aparece el vigoroso espíritu de positivismo, siempre presente en el americano. El hombre de quien tratamos, abandonó su *lawyer* que le parecia no estaba de acuerdo con el ardor de sus nuevas convicciones. El y su mujer se entregaron á revistar los diversos empleos que podían dar á su fortuna. De discusión en discusión llegaron al proyecto de fundar una Universidad de mujeres, en donde los alumnos fueran únicamente mujeres, los profesores también mujeres y que tuviese por base la Biblia.

—“M. Durant, agrega el mismo biógrafo, anunció con insistencia en público y en particular que su co-

legio tenía por objeto formar cristianas sabias, esposas cristianas y madres cristianas. . . . ."

En 1871 se colocó la primera piedra del colegio. Hoy tiene ya veintiuno de funcionamiento. La suma empleada por el fundador fué mayor de ochocientos mil *dollars*—más de cuatro millones de francos—Otras personas completaron el capital y en la actualidad, la sucesión de munificencias privadas ha hecho subir las propiedades del colegio á un millón seiscientos treinta y seis mil novecientos *dollars*, lo que hace, estimando el *dollar* en su valor medio de cinco francos veinte céntimos, una fortuna de ocho millones quinientos once mil ochocientos ochenta francos.

Cuando los americanos modernos hablan de cristianismo, acude á nuestro espíritu el recuerdo del fanatismo puritano y nos equivocamos. Por ello entienden, simplemente un pequeñísimo número de principios esenciales que es preciso *take for granted*, "admitir como convenidos" Esta es la expresión que usan habitualmente, cuando se les pregunta sobre su enseñanza moral ó religiosa. Su realismo substancial hace que consideren como inútiles las discusiones que versan sobre esos primeros postulados. Y en ese sentido es el que son naturalmente cristianos, si así puede decirse. Pero una vez que esas doctrinas son admitidas su tolerancia es infinita. Pongo en pié, por ejemplo, en la lista de las confesiones representadas en Wellesley, diez y seis sectas diferentes. Hay allí: *Congregacionalistas, Presbiterianos, Bautistas, Metodistas, Unitarios, Reformados, Amigos, Luteranos Universalistas*, y hasta *Swedemborgianos*. Basta esta diversidad de creencias para poner de manifiesto bajo qué espíritu se ha desarrollado el programa bíblico de M. Durant.

Una de las personas que enseñan en el colegio ha

escrito: "Lo que quisiéramos suprimir en este mundo sería á la mujer frívola y á la mujer escéptica." Visitando uno mismo este colegio y rectificando esta visita con la lectura de los programas y con las conversaciones, se reconoce que aquí todo está arreglado para obtener este doble resultado: modelar inteligencias de mujeres de manera que posean solidez de instrucción igual á la de los hombres de Harvard ó de Yale, por una parte, y por la otra acostumbrar á las jóvenes á todas las costumbres de elegancia y de *comfort*, propias de la clase acomodada de su país. Y si la vida religiosa se oculta bajo este libre régimen es á modo del regulador en una máquina.

Entrando al edificio principal se encuentra un *hall* enteramente parecido, por sus plantas verdes, por sus grabados, por sus estatuas, por sus muebles de laca, al interior de uno de esos suntuosos hoteles de New-York donde pasan estaciones enteras y por muchos años, familias completas. Se sube la escalera de madera, artesonada como la de un *club*. A lo largo de los corredores, decorados también con cuadros, con estatuas y con plantas, se abren las habitaciones de las alumnas. Como los estudiantes de Harvard viven generalmente dos en un cuarto. Tienen dos recamaritas para dormir y un salón común, que en nada se diferencia del salón habitual de una americana algo refinada: fotografías, flores, muebles de madera de colores claros, canapés con cojines grabados con arabescos pálidos, adornan con elegancia esas coquetas celdas cuyas habitaciones nada tienen tampoco de monacal. Constantemente se convidan unas á las otras para tomar el te. Convidan también á algunos jóvenes. Cada sábado en la tarde el gimnasio deja de ser un club de atletismo para transformarse en un salón de baile al que invitan á sus amigos de Boston

y de Cambridge, tal y como si viviesen en casa de sus padres. Van y vienen dentro y fuera de casa sin dar cuenta á nadie de su conducta. Unas se disponen á remar en el lago, otras montan á caballo, otras se adiestran en el manejo de un *phaeton*; otras más toman el tren y van á Boston, se entiende enteramente solas, y sin tener otra obligación que avisar que van á la ciudad.

No las acompaña vigilancia alguna en su ausencia. Ninguna pregunta las recibe al regreso. Pues que deben, una vez que han entrado á la vida, ser *individuos* capaces para bastarse á sí mismos y para defenderse, es necesario que lo sean en la educación. Y además, la más equitativa de las leyes, la que castiga al seductor al igual del falsario y del ladrón, las defendería lo suficiente, aun cuando su carácter y el de los hombres con quienes se encontrasen no bastase para ello. En este mismo momento en que dibujo á grandes pinceladas la más original de las Universidades, los diarios están llenos con los detalles de un proceso intentado por una joven que fué alumna de una casa análoga á esta, contra uno de los políticos más respetados de Estados Unidos. Parece ser que la joven era, antes de conocer á ese personaje, de una moralidad muy dudosa. Parece también que el hombre político fué más provocado que provocador. No importa. Siempre había una probabilidad para que esta joven fuese honesta y por lo tanto no se ha tenido en consideración nada de eso. Y de un golpe ha caído en tal desprecio público que sus amigos le voltean la espalda cuando pasa junto á ellos en el Congreso, sin contar con que va á ser condenada á una de esas formidables indemnizaciones con las que castigan habitualmente los tribunales Anglo-Sajones dos crímenes: la seducción y la difamación.

En Francia se nos figura que este Código Dracónico está impregnado de Parisaismo. Creemos también que debe dar lugar á detestables abusos de sinvergüenzada. El valor de las leyes se mide en su aplicación y los Estados en que rigen aquellas á que nos referimos son ciertamente en los que la personalidad femenina se desarrolla con mayor energía y con mayor felicidad. Es evidente que en ello se ha realizado un progreso sobre el de los países, en donde, como en el nuestro, las relaciones de los sexos entre sí son aún tan caprichosamente desiguales que entre la mujer seducida y el seductor es sobre la mujer sobre quien recae la deshonra y en donde un hijo natural se deja á cargo absoluto de la madre, puesto que la investigación de la paternidad está prohibida. Cambiaremos muchas veces aún de regimen antes de atrevernos, en este como en otros muchos puntos, á hacer una de esas revoluciones de las costumbres tan fecundas cuanto las revoluciones políticas ó sociales son vanas y criminales.

Las estudiantas, cuya gracia juvenil se encierra en este gracioso y confortable Wellesley, están suficientemente equiparadas á los hombres y bastante protegidas? Son felices con su suerte ó suspiran por una libertad más grande? Con seguridad, si quieren criticar el sistema al cual se las somete, la costumbre de los debates públicos se los permite y también la calidad de su instrucción. Nada hay más curioso que el contraste entre la severidad de los cursos y la coquetería de esos palacios ó de esos cortejos levantados á orillas de ese pequeño lago en ese admirable parque.

El examen de admisión requiere conocimientos profundos sobre la literatura inglesa, sobre historia, y sobre geografía, en matemáticas, en latín, en grie-

go y además en una de las dos lenguas vivas, fuera de la Inglesa: la Francesa y la Alemana. No existe la limitación de edad para presentarse á este examen, de manera que ingresan al colegio alumnas de diez y seis años al mismo tiempo que otras mucho más avanzadas en la vida. Se me cita el ejemplo de una estudiante de sesenta años, ya con nietos, que vino á presentarse y que fué recibida. Y las jovencitas no consideraron extraordinario tener una camarada de esa edad en ese país donde se comienza indefinidamente.

Tampoco hay ningún principio exclusivo en el reclutamiento. Pueden ser las estudiantas ricas ó pobres, hijas de padres más que millonarios ó de padres humildísimos. Con tal que sean moralmente honorables nadie se preocupa por los procedimientos que puedan emplear para conseguir trescientos cincuenta *dollars* anualmente, mil ochocientos veinte francos aproximadamente—que representa el valor de la pensión. Acontece á menudo que una joven, que está enteramente preparada para el examen, se haga cajera ó vendedora de una tienda, administradora de un hotel, ó copista para conseguir esa suma. Otras hacen á sus camaradas servicios de costurera ó de modista, arreglan los cuartos y se encargan de algunas comisiones.

Aquí, como en Harvard, ese trabajo de ayuda no tan solo se tolera sino que se estima. Es algo así como una especie de enseñanza de igualdad dado á las que pueden exceptuarse de él y que sin embargo deben tratar á sus compañeras menos afortunadas con la misma política y con igual simpatía.

Por lo demás, después de un viaje, por rápido que sea, á Estados Unidos, no se admira uno ya ante las consecuencias que trae consigo la idea democrática,

constante é infatigablemente aplicada. Entre los hechos significativos que me contaba el antiguo *cow-boy*, cuya confesión he transcrito, olvidé anotar este: uno de sus amigos y él tomaron una cocinera por el tiempo de su estancia en una ciudad del Oeste y esta mujer exigió en su contrato poder disponer una vez por semana, del salón de sus amos para recibir á sus invitados. Un hecho tan insignificante, de este género, prueba de sobra cuan intacto deja la tarea mercenaria el sentimiento del orgullo individual en los que la sufren, aún cuando sea de extracción y de educación realmente inferiores, y con mayor razón cuando no existe esta inferioridad.

En cambio, causa admiración que las jóvenes de Wellesley puedan disponer del tiempo necesario en el día, para emplearlo en trabajos suplementarios, tanto así están sus cursos cargados de materias y tanto así abundan. Hé aquí, por ejemplo, las lecturas de griego que una alumna de primer año debe cursar para poder pasar á *sophomores*: de *Lysias*, discursos escogidos; de Platón, la *Apología* y el *Crithicon*; quinientos versos de la *Odisea* de Homero. En latín tienen que estudiar: de Cicerón, *La Correspondencia*; de Tácito, la *Germania* y la *Agrícola* y uno ó dos libros de las *Odas* de Horacio. En alemán: la historia general de la literatura, el primer *Fausto* y los dramas de Schiller. En francés: el *Cid*, *Horacio*, *Andromaca*, el *Misántropo* y el *Avaro*; y entre las obras modernas: el *Abate Constantino*. En lo concerniente á Filosofía, no puedo resistirme á traducir estas líneas de un programa del curso: "Diversos estudios de Ética. Investigación psicológica sobre las leyes del espíritu humano consideradas como fundamentos disponibles para las teorías que se proponen establecer una moral experimental. Estudio de la

doctrina de la evolución aplicada á las modalidades de la conducta individual y también la historia de las instituciones sociales y civiles. Tipos de las diferentes Éticas verificadas en sus fases de conducta moral, tal cual las revelan las literaturas y las artes.

Es fuerza considerar también que el trabajo de los cursos tiene por complemento el que puede llamarse trabajo de los clubs. Todos los estudiantes forman parte de un círculo, ya sea de música, como el *Beethoven*; ya de literatura, como el *Shakespeare*, el *Phi Sigma*, el *Zeta Alpha*; ya de política, como el *Agora* ó ya de pintura y de escultura, como el *Art Society*. Por último, casi todos ellos se entregan á los ejercicios físicos entendidos á la americana, es decir, como un *training*, como una fatiga matemática y razonada. En el último informe de la presidenta reparo en seis cuadros de orden muy extraño y que descubren en toda su ingenuidad el poderoso espíritu de realismo que ánima á este colegio, tan paradójal en la apariencia. El primero se titula: *Girth of chest*. Circunferencia del pecho. Es una serie de líneas comparativas que muestran el desarrollo medio del pecho, obtenido en veinte estudiantas, tomadas al azar, después de cinco meses de esta fatiga en el gimnasio y sobre el río.

De treinta y una pulgadas que tenían, han adquirido estas jóvenes atletas, treinta y tres. Dos líneas iguales indican en concreto, á la simple vista, la falta de desarrollo de aquellas que no han hecho trabajar á su cuerpo. El segundo cuadro dá un esquema análogo de la capacidad de los pulmones, el tercero de la fuerza de los brazos, el cuarto de la fuerza del dorso, el quinto de la amplitud del pecho y el sexto de la anchura de los hombros.

A primera vista este modo de tratar la fisiología

de las jóvenes, como tratan los chalanes á sus caballos, nos parece extraño; pero después se reflexiona que estas jóvenes que han venido aquí á instruirse, en su mayoría están destinadas al matrimonio y por mismo á la maternidad. Es pues utilísimo que se debiliten lo menos que se pueda por el exceso de trabajo cerebral y que su animalidad se conserve intacta á pesar del esfuerzo intelectual. Una vez que se debe obtener ese fin, los americanos emplean el medio eficaz para ello, y lo emplean simple y tranquilamente. Queda aun una estadística que levantar: la del peso de los niños que den á luz estas jóvenes Wellesleyanas, cuando se casen. Oigo desde aquí á una de las jóvenes doctoras que han levantado estos instructivos responder: '¿Y por qué no?'

Entre una Universidad de mujeres, como Wellesley y una Academia militar, como Westpoint, debería, al parecer mediar la misma diferencia que existe, en Francia, entre el Convento del Sagrado Corazón, por ejemplo, y la Escuela de Saint-Syr. Diríamos, *á priori* que es muy conveniente vigilar mucho el primero y muy poco el segundo; pero los americanos han pensado precisamente lo contrario. Acostumbrados como están á no pagarse de palabras, sino á ver las cosas tales cuales son, se han dicho que siendo la independencia en su mundo propio la condición de la vida femenina, lo primero que deben procurar los colegios de mujeres es habituar á sus pensionistas á la práctica de esta independencia.

Y á la inversa, siendo la disciplina la condición esencial para la vida militar, han creído que una escuela de oficiales debe mantenerse en la más estricta severidad y por esto es que los cadetes de Westpoint no tienen derecho sino á un mes de vacaciones en los cuatro años de estudios. Por esta razón misma la lis-

ta de las injurias (*offences*) que son susceptibles de ser castigadas con malos puntos es tan meticolosa cuanto amplia y liberal es la lista de los castigos, tanto en Harvay cuanto en Wellesley. No hay menos de ocho categorías: doce de primera se marcan con diez puntos malos cada una; cuarenta de segunda reciben siete, setenta y seis de tercera se anotan con cinco, ciento quince de cuarta con cuatro y así sucesivamente hasta cuarenta y tres ofensas de octava categoría que se señalan cada una con un punto malo. La falta aparente de lógica de un sistema que aprisiona á futuros soldados en un reglamento casi infantil, y que á su vez deja á futuras madres de familia, una latitud ilimitada, es en realidad lógica y si se quiere trazar en la imaginación el retrato ideal de un oficial en un ejército democrático, se verá que los americanos han llegado á determinar y á aplicar, con incomparable buen sentido, las leyes de formación de ese personaje tan anormal en una república esencialmente pacífica y comercial.

Y, desde luego, es preciso que cada oficial esté profunda, íntimamente ligado á la democracia, siendo necesario además que el cuerpo entero, esté también penetrado del espíritu democrático. Pueden citarse numerosos ejemplos para probar que un ejército numeroso tiene siempre tendencia á aislarse en el país, á desprenderse de la nación, á llegar á ser lo selecto de ella—y la posibilidad del despotismo militar se halla siempre al cabo. Los americanos han previsto este peligro y lo han prevenido anticipadamente con un reclutamiento, para su escuela militar de Westpoint, tan singular, que á primera vista desconcierta al sentido común. Después de reflexionar es cuando se reconoce su sabiduría.

Han comenzado suprimiendo de todo punto el con-

curso de admisión. Cada una de las circunscripciones electorales que nombra un diputado tiene derecho á una plaza de cadete y toca al diputado designar al candidato á quien nombra el Ministro de la Guerra con esa presentación. A esto se agregan diez plazas, llamadas *at large*, que llena á su gusto el Presidente de Estados Unidos. Comúnmente las reserva para hijos de marinos ó de militares. Conformándose á esta lista de candidatos se hace un examen de entrada, ó mejor dicho de contraprueba, que es una especie de depuración. Habrá necesidad de agregar que la política es la que únicamente dirige la elección de los diputados? Se procuraría en vano sus traerse á ella poniendo, por ejemplo, la plaza de candidato de que pueden éstos disponer en concurso. De hecho quedan desocupadas una tercera parte de estas plazas, en razón de la debilidad de los jóvenes que presentan los dipntados. La persona que me dió estos detalles y todos los que van á seguir, y que es uno de los oficiales más notables de nuestro ejército, se admiraba cuando visitó Westpoint de semejante anomalía tan evidentemente funesta, para el bien del servicio.

—“En todo esto hay aquí dos ventajas,” le respondieron: “En primer lugar este modo de reclutamiento corresponde al espíritu de igualdad que constituye el fondo propio de nuestra democracia: si cada distrito del país participa de las cargas es justo que participe también de los beneficios. Supongamos que el ingreso á Westpoint sea puesto á concurso. Los candidatos que provengan de la Nueva Inglaterra vencerán necesariamente á los de los Estados del Sur y del Oeste, donde el nivel medio de desarrollo es menor. En segundo lugar, el procedimiento actual, solicita en la clase baja del pueblo, aún cuando

no sea sino por llamado electoral, á jóvenes que sin esto quedarían privados de instrucción. Es un medio, en otros mil, de solicitar á los más pobres para que obtengan las mismas facilidades de cultura que los más ricos.

Proyecto paradójico! Pero la estadística de las profesiones ejercidas por los padres de los alumnos, testifica que los americanos han llegado á realizarlo: se cuenta entre los alumnos de Westpoint, desde su fundación, ochocientos veintisiete hijos de hacendados ó de agricultores, cuatrocientos noventa y cinco hijos de comerciantes, cuatrocientos cincuenta y cinco de abogados, doscientos setenta y uno de médicos, doscientos cuarenta y seis de oficiales únicamente, y después, todos son hijos de padres que ejercen toda clase de oficios: carniceros, taberneros, ayudas de cámara, *detectives*, jornaleros y lavaderos. Hay muchas probabilidades para que un ejército mandado por jefes que han salido del pueblo, hasta ese punto, no se convierta en una tropa de pretorianos, —muchas probabilidades también para que estos oficiales, ayudados así por la República en la lucha por la vida, queden reconocidos á la Constitución. Debido á esto no les costará trabajo sostener el juramento escrito que prestan á su entrada, de servir al poder federal de preferencia á su Estado originario, previendo sin duda una nueva guerra como la del Norte y del Sur, pues mucho han hecho en su favor los Estados Unidos.

Sin embargo este reclutamiento democrático no dejaba de ofrecer peligro. Si el oficial aristócrata es temible para la libertad, el oficial sin educación es más que temible para el ejército. Con su sola existencia lo destruye y lo disuelve, —cuando menos en tiempo de paz y cuando no se les ha puesto en con-

diciones de asegurar el prestigio del valor personal. Los americanos han comprendido perfectamente esta dificultad de origen, si así puede decirse, y han pasado sobre ella. su amor propio es demasiado vivo para que acepten una inferioridad tan evidente, sin procurar remediarla y han puesto el remedio siguiendo su método habitual que consiste en aceptar los hechos.

¿Cuál de todas las influencias es la más poderosa para poder impulsar á un joven algo rudo á dominarse, á educarse en el sentido del refinamiento? La influencia femenina. Y por lo mismo se han preguntado qué procedimiento podrían emplear para hacer penetrar á la mujer en la existencia de los cadetes, y han imaginado construir un hotel á las mismas puertas de la escuela, en el admirable paisaje que forman el Hudson y las montañas, con el río rodando sus profundas aguas al pie de la eminencia donde se asienta Westpoint y á la que contournea casi en ángulo recto; y en el fondo las montañas desplegando sus faldas cubiertas por silvestres bosques, y las vastas planicies donde duerme Albany, extendiéndose en el horizonte. Como es natural, la belleza del sitio, lo confortable del establecimiento, la facilidad de acceso, la pureza del aire, atraen muchos visitantes de ambos sexos, cuya principal distracción consiste en ver á los cadetes hacer el ejercicio y en concurrir á las fiestas que dan.

Cuando allí se llega, los acordes de una música os llevan á la esplanada. Son los alumnos de Westpoint que están haciendo una maniobra, con su elegante uniforme de color gris claro con triple hilera de botones de oro. Van y vienen en medio de una corte de damas que siguen estas idas y venidas, y se les ve, en el intervalo de las maniobras, desprenderse

de las filas para saludar á las que conocen. La alfombra de césped sombreada por los árboles y matizada de flores, en donde tiene lugar esta parada, militar y mundana á la vez, acaba de dar á esta escena la fisonomía de un *garden-party* de orden único. Estas mismas señoras que agracian el espectáculo, se encontrarán esta misma noche ó mañana en el baile que organizan los cadetes tres veces por semana en el estío y dos en el invierno. El notable observador que he citado, y cuyo nombre siento me impida hacer constar su situación oficial, pintaba de este modo uno de esos bailes:

—“Se había dirigido una invitación á todos los extranjeros que estaban de paso en el hotel. Yo no falté á ella. La fiesta duró dos horas; de las ocho á las diez. Me coloqué en el quicio de la puerta de entrada y gracias á mi incógnito pude oír las conversaciones de los cadetes que salían á tomar el fresco sin que nadie se fijase en mí. No pronunciaron una sola palabra obscena. Los cadetes presentaban mutuamente á las jóvenes. Cuando alguna de ellas no bailaba, uno de los comisionados, que se distinguía por una banda roja de servicio, iba á buscar á uno de los cadetes desocupados y lo llevaba con ella. De cuando en cuando un cadete y una señorita salían del *hall* y se paseaban en la obscuridad durante diez minutos. Esto parecía lo más natural y nadie sonreía por ello. Todo estaba sujeto á la decencia y á la dignidad.”

El respeto por la mujer y la pureza á través de este respeto, he ahí el medio que han empleado los americanos con osadía para hacer de estos jóvenes reclutados al azar los *gentlemen* que deben ser oficiales. En lo tocante á la instrucción técnica, han adoptado igualmente su método habitual, consistente en

poner el espíritu en contacto directo con el objeto. Han reducido también á su minimum la enseñanza teórica. Durante tres años, de los cuatro que dura la carrera, no hay un solo curso de este género.

Cada alumno recibe en Septiembre, época en que comienza el año escolar, libros que contienen las materias que debe de estudiar. Prepara sus lecciones por sí solo y después le interroga un instructor. En un salón hay ocho ó diez alumnos y están en contacto con el maestro que les conoce á todos y que les sigue semana por semana. El completa el trabajo abstracto del día, colocando á los jóvenes en el caso de hacer aplicaciones de lo que han estudiado. En cuanto llega la bella estación, es decir, desde los primeros días de Junio á los primeros días de Septiembre, se suprime esta enseñanza abstracta. Los cadetes acampan. Reciben en el campamento una instrucción objetiva, es decir, una lección de cosas al aire libre y por más de tres meses, y en condiciones tan semejantes cuanto es posible á las que tendrían que sufrir en una verdadera guerra.

De los cuatro años que viven en Westpoint, han pasado uno entero igual al que se vive en un regimiento, pero en un regimiento en el que no hay promiscuidad, en el que no hay compañerismo peligroso y en el que no existe falseamiento en la disciplina. Con gran prudencia se ha suprimido en Westpoint al ayudante, quien para el futuro oficial siempre es un medio-superior. Cadetes graduados á oficiales verdaderos son los que mandan, y la amplitud de su autaridad, á la vez que abarca más rigor, se ocupa menos de las minuciosidades. Debido á esto, y aunque el código de las faltas, como se ha visto, se ha redactado teniendo en cuenta aun los detalles más extremosos, los castigos son raros. Un detalle

pequeñísimo traduce muy bien el origen anglo-sajón de la sociedad americana: las dos faltas que se juzgan como las más graves y que se castigan siempre con la expulsión del alumno, son la mentira y la embriaguez. Ni el tabaco ni el juego están autorizados. El reposo del domingo es obligatorio, así como la asistencia al servicio religioso, á menos que el alumno no formule por escrito la declaración de ser libre-pensador, pero esta debe ir firmada por los padres. Y aun debe justificarla con razones.

El recuerdo del primitivo ardor puritano se encuentra en esto de modo patente, así como también la apelación á la conciencia que constituye la nobleza de la educación tan práctica de este país. Todo americano que es de linaje verdaderamente americano, como todo inglés de verdadero linaje inglés, lleva escrito en lo más íntimo de su ser los admirables versos que el más nacional de los poetas pone en boca del anciano Polonius al dejar á su hijo Laerte:

*"This above all, to thine ownself be true  
And it must follow as the night the day  
Thou canst not then be false to any man..."*

—“Antes que nada: sé leal para tí mismo,—lo demás vendrá como sigue la noche al día,—y ya no podrás ser falso para ningún hombre.”

El valor del mérito se mide en el resultado cuando se trata de una escuela especial que es una de esas máquinas para formar una especie determinada de hombres. Con todo y su reclutamiento tan disparatado, con su educación tan particular, con su enseñanza que juzgará deficiente un alumno cualquiera de uno de nuestros liceos, Westpoint, según dicen los jueces más competentes, modela un excelente

cuerpo de alumnos oficiales. Cualquiera que sea el arma que escoja el jóven que de allí sale, debe pasar por una escuela de aplicación, pero llega á ella vigoroso y equilibrado, apasionado de los ejercicios corporales de la gimnasia, de la esgrima, de la equitación, y sobre todo, preparado por los campamentos al aire libre y por el aprendizaje positivo en que se le ha educado, para recibir una instrucción superior. Nada se le ha enseñado que no haya comprendido. En lugar de formar como en ciertas altas escuelas militares de Europa, un sabio que se verá obligado maña á descender á los detalles prácticos de la artillería y del genio, se ha formado un manipulador de cañones y un obrero de terracería que se convertirá más tarde en un sabio, si por acaso tiene la afición y las aptitudes para ello, lo que por lo demás es muy poco probable.

Pero en revancha, si tuviesen los Estados Unidos necesidad de organizarse nuevamente en un ejército improvisado como hace treinta y cinco años, en los antiguos alumnos de esta academia tan democrática y tan viva, hallarían precisamente el cuadro de oficiales que necesitaran para poner la máquina en movimiento. Aquí tiene uno de sus manantiales el patriotismo americano, aquí, en este colegio, el único de este país, que trabaja al revés de la descentralización universal y en el sentido de la profunda unidad federal. Este desplazamiento de fin y de método al mismo tiempo que testimonia una vez más la adaptabilidad americana, atestigua también hasta qué grado esos grandes realistas están exentos de la manía doctrinaria tan perniciosa para los países tradicionales, y cuánto les repugna la servidumbre de las ideas preformadas. Allí también se encuentra el rasgo dominante de la fisonomía nacional, esa voluntad

empresadora que se maneja en presencia del mundo social, del mismo modo que obra enfrente del mundo físico; verificando y osando. Pero no es siempre el ritmo necesario de toda resolución efectiva: exacta lucidez de la ojeada sobre las condiciones dadas, adaptación y después composición para cualquier proyecto no menos lúcido? Ya se trate de una casa de fianzas, de un puente, de un camino de fierro ó de una escuela, la energía americana, procede siempre de la misma manera. El éxito obtenido prueba que el procedimiento es bueno.

En la palabra *lucides* se resume esta corta inquisición que evidentemente no puede ser generalizada sino con grandes reservas. Lucidez de fin, lucidez de medio,—es muy probable que estos dos mismos caracteres se encontrarían en todas las demás empresas de instrucción pública ó privada—y por consiguiente esa IDENTIDAD SUBSTANCIAL de la educación y de la vida que tiene un fondo común en los cuatro grupos de enseñanza cuyo cuadro he diseñado.

Si se profundiza un poco esta fórmula, parece como que se esclarecen muchas de las cualidades y muchos de los defectos de esta civilización así como también algunas leyes muy profundas y muy poco conocidas de la naturaleza humana. Y desde luego la identidad de la educación y de la vida explica la prodigiosa germinación de todo ese vasto país, donde cada generación nueva, al llegar á la madurez no tiene ya que hacer ningún aprendizaje: Entre nosotros es un lugar común y que se encuentra hasta en los discursos pronunciados en nuestras distribuciones de premios, el de que para los colegiales va á

comenzar una segunda educación con la libertad. Y ha seguido sus estudios hasta el bachillerato literario ó científico, de ninguna manera está pertrechado para ganar el pan y con mayor razón para hacer su fortuna y la de su familia. Le es necesario una nueva gimnasia moral é intelectual para adaptarse á las realidades que le rodean y debido á esto el abatimiento de nuestra instrucción secundaria, hablando solo de esta es enorme.

Entre los americanos esta merma no existe ni puede existir, y el tipo del "destripado" es para ellos hasta hoy tan extraño, que, según creo, les es ininteligible. Desde los dieciocho ó veinte años, en Nueva York, en Boston y en Chicago, el hombre está formado. Sin duda tendrá más experiencia, más amplitud y también una autoridad mayor después de quince ó veinte años de lucha, pero esto no será sino una diferencia en grado, pues desde su salida de la escuela ó de la Universidad estaba ya completo. La mujer está en el mismo caso, y, entre paréntesis, este es el motivo secreto de que se encuentran con tan poca frecuencia en Estados Unidos esas fisonomías verdaderamente jóvenes en el sentido que damos á esta palabra, rostros donde se ve lo incierto, lo inacabado, el principio de la vida, el esbozo de una persona que está en vía de modelarse y de modificarse. Se conoce la edad en la frescura de la piel, en el brillo de los ojos, y de los dientes, en el nacimiento de la barba, en la esbeltez del tallo, y se dice uno: "este joven no tiene aun veintidos años, esta joven no llega á los veinte." Pero aquí la fisonomía de uno y de otra tiene treinta ó cuarenta y su actividad práctica tiene otro tanto. Esta precocidad de iniciativa es un beneficio indiscutible del método, al menos bajo el punto de vista

social. Aun hay otro, que ya he hecho notar en el curso de este análisis, y que consiste en la mayor elasticidad de los centros locales, pues cada ciudad educa á sus futuros ciudadanos según sus propias necesidades, y por decirlo así, á su medida. Entre nosotros, un ministro, con sólo sacar su reloj, puede decir, aun hoy día, como sus célebres predecesores, lo que en la hora que señala están haciendo todos los retóricos de todos los liceos de Francia. En América, á cuantas ciudades hay, corresponde igual número de enseñanzas, y debido á ello, estas ciudades, que algunas veces se encuentran muy cercanas, como nueva York y Boston, como Filadelfia y Baltimore, conservan cada una esa originalidad tan distinta y ese patriotismo tan separado. Para una democracia es esta una condición *sine qua non* de salud política, y bajo este punto de vista, la educación americana, al trabajar en el sentido de la vitalidad local, es aun el superior utensilio de esta salud.

En efecto, por su definición, la democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo, es decir, el imperio de la mayoría. En los países civilizados, el poder que da tal mayoría á sus representantes es muy grande, muy absoluto. Son capaces de penetrar profundamente en la vida individual, y se prueba con la historia antigua ó moderna, que de hecho han siempre existido, así como que las repúblicas establecidas de ese modo, se convierten en cesarismos tarde ó temprano, lo que es indiferente. La tiranía de un ministro que dura dos meses ó la de un emperador que reina dieciocho años, es siempre tiranía. Uno de los más célebres pensadores de la Francia en la actualidad y que es de los menos conocidos, M. Luis Menard, ha dado esta fórmula en un admirable aforismo:

“Una República unitaria no es viable. La Monarquía es la única forma lógica de la unidad.”

El sistema federal, que tiende á diseminar sin cesar los poderes en las autoridades locales, tiene la ventaja de dar al individuo mayor número de probabilidades de independencia y de hacer casi imposible el nacimiento de la dictadura. Si como es muy probable continua creciendo la organización del socialismo en Estados Unidos, uno de los obstáculos más seguros para su despotismo,—pues el despotismo no por ser colectivo deja de ser menos aborrecible ni menos inicuo,—será ese vigor de los centros municipales. Es pues cierto que todo lo que aumenta este vigor tiende á preservar al país de la revolución nacida de abajo, así como de la dominación proveniente de arriba, y que la escuela, tal cual se la comprende en América, representa tal vez la más poderosa de las fuerzas conservadoras sobre que se apoyará ese país en el día del peligro. Como á la vez es un instrumento de progreso y de conservación puede decirse que es una de las más admirables máquinas de este país que tantas ha inventado.

Sin embargo, este sistema de educación tiene algunos gravísimos inconvenientes que se reconocen en los defectos más notorios de su sociedad. Faltan palabras para traducirlos con exactitud, tan indigente así es el vocabulario psicológico hecho para el uso y para la observación común, cuando se trata de ciertas anotaciones más delicadas. A falta de términos más inteligibles, diré que esta educación no deja lugar bastante amplio á la inconciencia. Es muy precisa, muy positiva, muy neta,—Le falta incertidumbre y para decirlo todo, inutilidad. De aquí proviene que esta inmensa civilización tiene algo así como el aspecto de haber sido fabricada, de mantenerse por

un esfuerzo, y de funcionar: efectivamente, como una máquina á la que se remonta sin descanso. Aquí no se siente bastante el instinto, el crecimiento casi involuntario de una fuerza que no se conoce. Y cosa extraña, este país donde todo está hecho por el pueblo y para el pueblo, no tiene ninguno de los caracteres que estamos acostumbrados á considerar como la marca propia del alma popular. La candidez y la timidez, la rudeza y la simplicidad crédula, nunca se encuentran en esta civilización; parece no tener fondo, ni virtualidad en el sentido de que todo en ella es actual, realizado y surtido. Por esto es que con todo y esta intensa cultura y lo que es mejor aún con este apetito de cultura, aún no hay arte absolutamente americano, como tampoco literatura absolutamente americana, ni menos todavía poesía absolutamente americana. Los grandes artistas, los grandes literatos y los grandes poetas que están en Estados Unidos,—son conocidos sus nombres.—permanecen allí excepcionales y solitarios. No forman parte de la vida nacional, precisamente porque esta vida es muy voluntaria, muy consciente, muy intensiva y porque la educación trabaja sin descanso en hacer más intensa aún esta conciencia y esta voluntad.

Es preciso profundizar más y reconocer que los americanos manifiestan en ello una de las más inevitables y más inesperadas consecuencias de la idea democrática. En todas las naciones, la poesía—tomo la palabra en su sentido más extenso—ha bebido siempre su savia en el corazón del pueblo. Lo que expresan un Homero, un Esquilo, un Virgilio, un Dante, un Shakespeare, es el deliquio elaborado durante muchos siglos por los ignorantes y por los iletrados, y también por los adoloridos y por toda esa

multitud anónima de los laboriosos: artesanos y soldados, labradores y marineros, campesinas y damas. Lo que se vé bajo de un Giotto, cuando pinta sus frescos, de un Miguel Angel, cuando esculpe sus mármoles, es una obscura Italia que no se conoce, que no se comprende y que entrevée á través de millares de predestinados opresos, un inaccesible, un vago Ideal. El misterio envuelto en esta vida inconsciente del pueblo es el que se completa y el que toma forma en la conciencia de estos grandes hombres. Esre misterio se compone de desdichas y de errores, de esfuerzos ciegos y de ardores frustrados. Hay allí muchos sufrimientos individuales, muchas aspiraciones vencidas, un aborto inmenso y trágico de innumerables clases en esta elaboración que tiene coloridos de sensibilidad grandiosa ó delicada, trágica ó conmovedora y que se denomina una obra de arte.

Esos sufrimientos, esos abortos, esas ignorancias son precisamente las que se esfuerza la Democracia en arrancar del mundo. Quiere que todos tengan parte en el goce de vivir, en la alegría de comprender y en la satisfacción de expresarse. Es una ambición generosa y legítima, pero que parece inconciliable con la eclosión de cierto idealismo que no es sino la revancha de los deseos mutilados de una raza. Nemesis, la diosa de las compensaciones fatales se halla aquí como en todas las manifestaciones de la vida humana. Cuando mucho se precisa a la inteligencia se la mutila. Cuando se comprimen mucho los hechos, cuando mucho se les aprieta para poderlos manejar con gran sabiduría, se identifica uno mucho con ellos y el poder del pensamiento puro se disminuye en proporción. Cuando mucho quiere uno, abole uno en sí el instinto para reemplazarlo

con el mecanismo. Cuando mucho se prodigan la instrucción y la educación, se carcomen los manantiales profundos del alma popular, esos receptáculos de poesía ignorante que son el alimento místico de las futuras obras maestras de las letras y las artes.

Si hasta hoy á la civilización americana le ha faltado genialidad estética, es debido, según parece, á esa causa y por una de esas ironías en que se complace la naturaleza, precisamente ese colosal esfuerzo para cultivarse y esa fiebre de educación constituyen una gran parte de esta causa. Pero á reserva de que el porvenir pueda dar un mentís á esta hipótesis, los americanos tienen derecho de decir que, cuando menos, han realizado con audacia de beneficencia incomparable el menos discutible de los programas de la democracia, la multiplicación indefinida de las probabilidades de bienestar y de instrucción.

Uno de los profesores de Cambridge me expresaba esta misma idea de una manera conmovedora, en la siesta de un día en que estábamos en su biblioteca mirando los grabados del *Job* de William Blake, el original pintor poeta precursor de Rossetti y de Morris. En el exterior caía la nieve sobre las ramas negras de los abetos y sobee los ramajes pelones de los otros árboles. A nuestro derredor veinte grabados esparcidos y veinte cuadros nos recordaban la querida, la luminosa Italia en este rincón brumoso y taciturno del Norte. Acababa mi huésped de expresar ante esos objetos, muchos testigos de pasados viajes, su nostalgia de la tierra de la belleza, donde si hay menos máquinas, menos fábricas, menos periódicos y menos escuelas hay en cambio por todas partes toques de arte y por todas partes también la huella de esa poesía innata que existe en un muelle

de la luminosa Florencia, en una mañana de sol en una plaza de la brumosa Piza y en una esquina de la roja Siena.

—“Y sin embargo” dijo; “no quisiera yo ser ingrato para mi país. En él encuentro muchas cosas que me chocan”—y empleaba la más delicada é in traducible frase de *offensive*—“en cambio tengo conciencia en mi bienestar de que muchas otras de las personas que me rodean disfrutan también del mismo bienestar y que son muchas,—y pienso que sobre este inmenso continente son muy pocos los destinos fallidos en lo absoluto si no es por culpa propia. Esto es un beneficio incontestable de nuestra democracia y por sólo él vale la pena de aceptar todas sus condiciones....”

---

## IX

### PLACERES AMERICANOS.

---

Habiendo exagerado hasta el abuso, casi hasta el vicio su tensión nerviosa y voluntaria, es imposible que el americano se divierta como nos divertimos los latinos, que no comprendemos el placer sin cierto abandono de los sentidos mezclado á la vez con mollicie y con voluptuosidad. El animal humano se conserva siempre semejante á sí mismo en sus manifestaciones, aun cuando sean las más opuestas en la apariencia, y nosotros sólo prolongamos en nuestras diversiones lo que constituye el fondo común de nuestra vida. Cítase con frecuencia la anécdota de que Napoleón en Santa Elena no podía sentarse á